

## LUNES XIX DEL TIEMPO ORDINARIO (II)

XVIII ANIVERSARIO DE LA BENDICIÓN ABACIAL

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

13 de agosto de 2018

Ez 1, 2-5.24-28

Queridos hermanos y hermanas:

Quizás la primera lectura nos ha resultado un poco difícil de comprender; y la descripción de los personajes que salían nos ha podido parecer extraña. Os invito a fijar un poco más la atención para poder acoger el mensaje central, dejando de lado algunos elementos de la descripción. En primer lugar, es importante situar el texto geográficamente. El profeta Ezequiel no estaba en tierra de Israel. Había sido deportado; hacía cinco años que el pueblo de Israel había sido forzado a dejar su país e ir a Babilonia (en el actual Irak). Allí parecía que se había desvanecido todo tipo de esperanza. Era como si Dios los hubiera abandonados. Por eso, allí, el pueblo lloraba de *añoranza*; estaba en tierra extranjera y no podía cantar cantos del Señor (cf. Sal 136, 1.4).

Pero el profeta, *cinco años* después de la deportación, recibe una señal esperanzadora. A la orilla de uno de los ríos de Babilonia, en uno de esos lugares donde el pueblo deportado se sentaba *llorando de nostalgia de Sión* (Sal 136, 1), vio una luz esplendente. Era -decía el texto profético- *una aparición como de la gloria del Señor*. Él sabía que *la gloria del Señor* se había hecho presente en el templo de Jerusalén, pero nunca en una tierra extranjera. De hecho, el mismo profeta explicará más adelante que *la gloria del Señor* había dejado el templo y había salido de la ciudad Santa de Jerusalén a causa de los pecados del pueblo y se había vuelto al cielo (cf. Ez 11, 22-23 ). La deportación a Babilonia era una pena pedagógica a causa de estos pecados de infidelidad.

El profeta experimenta, pues, la presencia de *la gloria de Dios* fuera de Jerusalén, en la tierra donde estaba deportado. Detengámonos un momento en esta expresión: *la gloria del Señor*. ¿Qué quiere decir? Es una manera de referirse a la presencia de Dios con su poder y su santidad. La presencia divina que habitaba en el templo de Jerusalén, se manifiesta ahora allí donde está el pueblo deportado. El Dios grande y trascendente se hace cercano. También el pueblo pecador. Ante esta presencia, el profeta se siente pequeño, indigno y cae *postrado con el rostro en tierra*, en actitud humilde de adoración, maravillado al constatar que Dios no abandona a su pueblo a pesar de su infidelidad. Se abre un horizonte de esperanza. Vendrá un día en que podrán descolgar *las liras* que tenían *colgadas en los sauces de aquella ciudad* y hacer resonar nuevamente los *cantos de fiesta* (cf. Sal 136, 3), porque el Dios cercano ayudará a los suyos para vencer a todos los enemigos y, pasados unos años, propiciará el retorno a la tierra prometida de Israel y al templo de Jerusalén (cf. Ez 40-48). El profeta, al final de su libro, dice que llegará el día en que Dios habitará *en medio de los suyos para siempre* (43, 9) hasta el punto de que el nombre de la Jerusalén restaurada será: *El Señor está allí* (48, 35). Y tendrá una gran extensión para dar cabida a una población inmensa (cf. 48, 30-35).

Es profecía. Una profecía que apunta a Jesucristo. El templo de Jerusalén que al retorno de la deportación fue reconstruido, dejó de ejercer su función unos años

después. *La gloria del Señor* ya no habitaba en el templo sino en la persona humana de Jesús, su cuerpo resucitado es el nuevo templo (cf. Jn 2, 19-22), el lugar de la presencia de la *gloria* divina en medio de la humanidad (Jn 1, 14).

En este tiempo en medio de la resurrección de Jesús y de su venida al final de los tiempos, podemos tener la sensación de que Dios está lejos de nosotros, podemos perder la esperanza, experimentar la añoranza. Mucha gente se pregunta dónde está Dios ante los dramas humanitarios y las catástrofes que vemos, ante el sufrimiento de los inocentes y los llantos de las víctimas de la injusticia. Y, además, dónde está Dios ante la muerte?

El mensaje del profeta Ezequiel leído a la luz de Jesucristo nos llama a la fe y a la confianza. Dios, a pesar de su silencio aparente, a pesar de su aparente inoperancia, es cercano, ama a todos entrañablemente. No abandona nunca, ni que haya pecado, busca la oveja para liberarla de las zarzas y cargarla amorosamente al hombro (Lc 15, 3-7). El Cristo resucitado, en el que *habita la plenitud de la divinidad* (Col 2, 9), está presente en medio de su pueblo, y a través de él está presente en el mundo. He dicho que el silencio de Dios es aparente. Porque propiamente Dios no guarda silencio. Dios habla cada día a través de su Palabra. Y Jesucristo cada día nos ilumina el camino a través de su enseñanza en el Evangelio y nos asegura que el Padre nos ama y quiere que interioricemos su palabra (cf. Jn 16, 27; 14, 21). Los hombres y mujeres de Dios, que tienen un corazón humilde y una mirada espiritual penetrante sobre las cosas de cada día, saben ver la presencia de Dios, saben descubrir su amor activo, su combate contra el mal. Y saben que, desde los inicios de la historia, resuena la pregunta: *¿qué has hecho de tu hermano?* (Gén 4, 9).

Mientras vivimos en este mundo y caminamos hacia la Jerusalén nueva, aquella que tiene por nombre *el Señor está allí*, somos acompañados por Jesucristo, el Emmanuel, el Dios con nosotros. Con esta presencia podemos vivir con esperanza y con la paz en el corazón. Él, como con los discípulos de Emaús, camina con nosotros y nos parte *el pan* para nutrirnos. Tanto cuando, débiles en la fe y en la esperanza, vemos *que oscurece*, como cuando estaba *ardiendo nuestro corazón* al comprender *el sentido de las Escrituras* (Lc 24, 13-34). Ahora, en la Eucaristía, lo podremos vivir con intensidad.